

RESEÑAS		DESCRIPCIONES Y VIAJES
<p>Relato blanco</p> <p><i>Hielo. Bitácora de una expedicionaria antártica</i> ÁNGELA POSADA-SWAFFORD Planeta, Bogotá, 2018, 304 pp., il.</p> <p>DICE ÁNGELA Posada-Swofford como una clave de este libro: “[...] es preciso documentar a los científicos que a su vez documentan el mundo natural —a veces mientras este se desvanece ante nuestros ojos” (p. 270). Es como si su escritura, su presencia de viajera y exploradora, fuera aquella cámara que filma a los que están detrás de una criatura salvaje o una planta exótica en algún risco. Los que vemos esa criatura o planta, en la comodidad de nuestro hogar, con asombro, estupefacción y encanto, a veces nos preguntamos: ¿y cómo llegaron allá, cómo filmaron...? Pues bien, no es que Ángela Posada-Swofford filme directamente a la criatura o planta, sino que va detrás de aquellos que filman, contando cómo lo hacen, quiénes son, cuáles son algunos de sus secretos. Ella es como una viajera de otros viajeros. Y tampoco se trata de que ella nos revele el secreto, de que acabe con ese encanto; al contrario, lo aumenta porque muestra que tras esos valientes hay otros igual o más valientes que, como ella, hacen parte de la magia de un gran relato.</p> <p>Eso es <i>Hielo. Bitácora de una expedicionaria antártica</i>. Una compilación de crónicas, notas, diarios, impresiones, citas, mapas, fotografías, ilustraciones, que son la suma de más de diez años de viajes a la Antártida. La unidad es una misma pasión: un continente blanco que aún conserva muchos de sus enigmas en lo profundo de sus hielos (lagos, ríos, valles, cañones, y hasta una cordillera), y cuya vida es la fascinación de exploradores, científicos, periodistas y escritores desde hace décadas, e incluso de turistas que hoy en día pagan altísimas sumas por sobrevolar parte de ese Polo Sur, y que a veces incluso mueren allí por la continua subestimación de su naturaleza inclemente, soberana. No solo por su condición de límite, sino porque ese mismo continente es una fuerza que nos ofrece, constantemente, algo de lo que más nos atrae como especie: un deseo vivo, anhelante, curioso por algo</p>	<p>que no se deja conquistar, ni siquiera a pesar de lo muy afectado que está por las actuales transformaciones a causa del cambio climático, la creciente contaminación y la imparable devastación de la “mano” de los humanos. La Antártida, casi ya como ningún otro lugar de este planeta, es la mejor representación del viaje hacia lo desconocido, lo incierto; como aquellos viajes en la Antigüedad, todavía en la modernidad, en los que embarcarse o encaminarse era jugarse la vida, encenderla como nunca o apagarla para siempre.</p> <p>“La Antártida, desde la era heroica de la exploración, ha sido el continente de la ciencia y para la ciencia. El laboratorio más grande del mundo” (p. 37). Aquí está otra de las claves de este libro, pero también de muchos de los escritos de Ángela Posada-Swofford, una cuidadosa, paciente y constante divulgadora de ciencia, de las mejores en Colombia en la actualidad. Ella eligió bien su destino, ese inagotable “laboratorio” es el gran personaje de su relato. Dicho de otra manera, <i>Hielo</i> es parte de una gran novela (con varios autores) de la que no conocemos bien su inicio, y mucho menos su final: en el primero no estuvimos, y para el segundo seguramente tampoco estaremos. Ella dice, en su introducción, que le gustaría que el lector pudiera empezar por cualquier página, pues sus “momentos”, más que ordenados en una secuencia de hechos, son un continuo recorrido; y si bien ella estructura el libro como una llegada y una partida de la Antártida (sucesos en distintos años, y de muchas maneras), esos inicios y llegadas están ocurriendo sin parar.</p> <p>Por lo pronto, algunos de esos “momentos” del libro me parecieron antológicos, no solo por el relato crudo de los hechos sino por la voz de Ángela Posada-Swofford, por lo que transmite su emoción, sensibilidad y percepción de ese “blanco” viaje: “Las mil caras del paso de Drake”, “Argonautas del hielo”, “El gen del viajero”, y una decena de deliciosos apartados en los que la lectura me rodea de esa atmósfera “gélida”. Y otros que en ocasiones dan una dosis de calor por su amenidad y por mostrar lo que uno no se imagina o cree que no sucede, o no le pasa por la cabeza, y después de</p>	<p>conocerlo dice “sí, pues sí, ¡claro!, son personas, ¡cómo no!”. Como aquellos de “Mujeres en el Ártico: nada de espejismos” y “Del ojo grande al ojo largo”, que cuentan con más detalle los modos de vivir, las rutinas, en invierno, en menos invierno, en invierno extremo, qué se come, cómo, cuándo, quién logra dormir, qué pasa con las heces, en qué se entretienen, los casados cómo se vuelven solteros mientras están allá, los solteros cómo se emparejan mientras están allá, y si hay sexo dónde y cómo, y si alguno desespera qué hace, por qué y cómo, si este muere o si aquel quiere casarse o bautizarse, y si se aburre infinitamente, cuándo llamar o escribir un email, si hay señal de wifi, cómo hay que vestirse... mil y un detalles que recuerdan lo que siempre solemos ser las personas cuando habitamos.</p> <p>Este libro, y la escritura de Ángela Posada-Swofford, hacen sentir, dejan ver. Al menos, a mí me pasó que cuando me encontré con ciertos pasajes no tuve más remedio que respirar, detenerme y levantar la mirada para fijarme en el afuera de mi estudio, por lo menos para saber si pasaban personas de carne y hueso, y si había sol:</p> <p>La primera vez que uno aterrizaba en la Antártida es uno de esos instantes en que la realidad y los sueños se funden en una sola cosa. Algo así como hallar dinosaurios en el jardín. En el medio de la poderosa descarga sensorial e intelectual, lo que me golpeó no fue el frío: solo 12 grados, un día de playa en el verano antártico. Sino la <i>luz</i>. La luz del sol y su resplandor sobre el hielo a todo mi alrededor son enneguecedores. (p. 153)</p> <p>El cine comercial y la televisión nos tienen malacostumbrados, nos hicieron perezosos: todo está ahí, dado; pero volver a la palabra es evocador, ¡y de qué manera! Sé que es ciencia, periodismo, pero también es literatura, es decir, invitación a la imaginación, a expandir ese mundo, cada uno, en sus propias ficciones: <i>Hielo</i> es un genuino relato de viaje de una colombiana en el sur más sur, en el sur que es centro y misterio.</p> <p>Felipe Restrepo David</p>